

y reforzar la mutua relación entre exégesis académica y lectura creyente. En efecto, para que la *lectio divina* sea «capaz de abrir al fiel no sólo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente» (*Verbum Domini*, 87), es preciso que antes se haga una buena y profunda exégesis del texto (y viceversa). En este sentido, llama

positivamente la atención que sean especialistas de la exégesis quienes propongan –con buenos resultados– ejemplos concretos de esa lectura orante. Así se demuestra que es posible la íntima compenetración que ha de darse entre exégesis científica y lectura espiritual.

Fernando MILÁN

Santiago GUIJARRO, *Los cuatro evangelios*, 2 ed. Salamanca: Sígueme, 2012, 575 pp., 17 x 23,5, ISBN 978-84-301-1730-7.

Santiago Guijarro es catedrático de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad de Salamanca. Experto biblista y gran conocedor de la investigación sobre los orígenes de los evangelios, ofrece en esta obra un estudio muy amplio y documentado sobre los cuatro evangelios canónicos, con el rigor de una monografía especializada y el estilo claro y asequible de un manual. El lector tiene la oportunidad de conocer de primera mano temas exegéticos complejos, guiado por una pluma didáctica y precisa que sabe exponer y sintetizar las cuestiones y ofrece, por apartados, la abundante bibliografía que maneja y domina.

Guijarro explica en la *Introducción*, titulada *La selección de los cuatro*, por qué esta obra limita su campo de estudio a los cuatro evangelios que forman parte de la Biblia cristiana y por qué ofrece un estudio conjunto de todos a la vez. En cuanto a lo primero, Guijarro se basa en el proceso de recepción de los recuerdos sobre Jesús que llevó a cabo la iglesia apostólica. En cuanto a lo segundo, el estudio separado de los llamados evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), por un lado y de Juan, por otro, tiene la virtud de subrayar las diferencias entre los primeros y el cuarto

evangelio. En cambio, el estudio conjunto de los cuatro evangelios puede resaltar más las semejanzas que tienen, hasta el punto de que para el autor reclaman ser leídos y estudiados conjuntamente.

Después de la *Introducción*, la obra se divide en dos partes. Una dedicada a la *Formación de los evangelios* y una segunda parte titulada *El evangelio tetramorfo*. En la primera parte, Guijarro aborda tres puntos: las relaciones entre los cuatro evangelios, la tradición oral que subyace a éstos y las diversas hipótesis en torno a las composiciones anteriores a los evangelios. El lector se familiarizará en esta parte con ideas exegéticas importantes como la cuestión sinóptica, la prioridad de Marcos, la llamada fatiga del corrector, los hallazgos que hacen plausible la hipótesis de la fuente Q, en qué consiste la hipótesis de los dos documentos, las tradiciones escritas y las orales, etc. En la segunda parte, Guijarro dedica un capítulo a cada evangelio con tres apartados que abordan su composición, ofrecen una lectura de cada uno y analizan el contexto vital que subyace a cada escrito. Entre los evangelios sinópticos y el evangelio según Juan, y justo después del evangelio según Lucas, Guijarro intercala un *Apéndice* dedicado a los Hechos de los

Apóstoles, ya que es la obra de continuidad para Lucas y por eso suele acompañar a los sinópticos en muchos cursos de exégesis del Nuevo Testamento. Por último, en la conclusión titula *La memoria de Jesús*, Guijarro propone una visión de conjunto en el proceso de fijación de los recuerdos de Jesús. Guijarro señala que «el proceso a través del cual se formuló, transmitió y preservó la memoria de Jesús no incluye sólo el tramo que va desde Jesús hasta los evangelios, sino también el que va desde la composición de éstos hasta el momento en que cuatro de ellos fueron reconocidos como el “evangelio tetramorfo”» (532). En este proceso Guijarro señala que la memoria de Jesús no sólo se transmitió sino que fue interpretada y profundizada. Durante el proceso de formación de los evangelios hubo muchas interpretaciones de las tradiciones sobre Jesús que cuajaron en diversos textos. La Iglesia aceptó como canónicos cuatro de ellos.

Por último, Guijarro añade un *Apéndice* breve que recoge los diversos pasajes de los cuatro evangelios que corresponderían con las hipotéticas composiciones anteriores que el autor estudió en la primera parte del libro: el llamado relato premarquiano de la pasión, el Documento (o Fuente) Q que habrían conocido Mateo y Lucas, y la Fuente de los signos que habría servido para componer el cuarto evangelio.

Guijarro tiene la intención de ofrecer un manual que sirva para el estudio de los evangelios. Por eso, después de exponer las diversas cuestiones exegéticas más relevantes procura ofrecer al lector el mayor número posible de conclusiones y certezas. El lector podrá comprender que en muchos casos la exégesis ha de moverse en el terreno de las hipótesis, donde más de una po-

sibilidad puede ser considerada. Como botón de muestra, sirva la hipótesis que propone Guijarro sobre la práctica común en los comienzos del Cristianismo de utilizar un solo evangelio en cada comunidad (40,42). Mateo y Lucas habrían escrito sus evangelios como reelaboraciones de Marcos con la intención de sustituirlo (537). Con esta hipótesis parece que los cuatro evangelios habrían heredado «una dialéctica creativa entre visiones diferentes de Jesús» (539) que se redujo a cuatro, sobre todo a instancias de Ireneo, cuya «propuesta de reconocer la misma autoridad a varios relatos sobre Jesús iba contra la costumbre» (537) y generaba muchos problemas teológicos (538). Sin embargo, cuando Justino describe a mediados del siglo II d.C. cómo celebraban los cristianos el domingo dice que se leían «los recuerdos de los apóstoles» (*Apol.* 1,67,3-4). De este dato no es necesario concluir que cada iglesia tuviera un evangelio propio. Más bien invita a pensar en varios escritos. Si triunfaron cuatro evangelios pudo ser porque se estaban aceptando progresivamente y desde su publicación en todas las iglesias como verdaderos recuerdos de los apóstoles. En cambio, otros evangelios que no pasaron al canon sí parecían tener un uso exclusivo por un grupo determinado.

En cualquier caso, el lector encontrará en esta monografía de Santiago Guijarro una obra de gran calidad y claridad, que puede ampliar con creces sus conocimientos de la abundante investigación que se ha hecho sobre la formación de los evangelios y su recepción en la Iglesia y le ayudará a forjar conclusiones con criterio y conocimiento de causa.

Pablo EDO